

Sujeto: la necesaria revitalización de un concepto The Necessary Revitalization of a Concept

Fernando Ramírez, Joaquín Cardoso y Mariana Cortez *

Fecha de Recepción: 30 de septiembre de 2015
Fecha de Aceptación: 10 de noviembre de 2015

Resumen: *El presente trabajo intenta abordar, a través de las múltiples variaciones que el vocablo "sujeto" ha recibido a partir de la rica tradición histórica, una propuesta analítica que intente recuperar la dimensión justa del concepto o, al menos, una nueva dimensión para enriquecer. Metiéndonos en el vínculo problemático de "agencia" y "estructura"; "sujeto" y "objeto", no pretendemos clausurar un debate sino explorarlo con el fin de volver a traerlo al presente. Entendemos que, si bien no circunscripto a su obra, es en Marx donde la dimensión analítica histórica ocupa el lugar merecido en la reflexión dialéctica. Sin embargo, el siglo XX conoció un recorrido de la concepción de "sujeto" que necesita y torna indispensable una actualización de sus conjuntos problemáticos y un esquema hacia el futuro.*

Palabras clave: *Sujeto, Objeto, Descentramiento, Materialismo histórico, ideología.*

Abstract: *This paper seeks to address, through the many variations that the "subject" has received word from the rich historical tradition, an analytical proposal to recover the just dimension of the concept or at least a new dimension to enrich. Getting into the problematic relationship of "agency" and "structure"; "Subject" and "object" does not intend to close a debate but to explore in order to bring it back to the present. We understand that, while not circumscribed to his work, Marx is where the historical analytical dimension deserved ranks in the dialectic reflection. However, the twentieth century saw a tour of the concept of "subject" and need an update becomes their problem sets and a scheme for the future.*

Keywords: *Subject, Object, Bias, Historical Materialism, ideology.*

* Fernando Ramírez. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: Fercesar28@hotmail.com
Joaquín Cardoso. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: Joaquin.cardoso@gmail.com
Mariana Cortez. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: marianacortezysalgado@gmail.com

Cuando en varios posmarxismos (...) afirman que este o aquel modo de contemplar las cosas está ahora definitivamente pasado de moda, podemos esperar confiados en que el espécimen supuestamente extinto reaparecerá en los catálogos en un futuro cercano.

Frederic Jameson, 1990.

Palabras introductorias

La categoría de “sujeto” en las ciencias humanas y sociales tuvo un enorme recorrido y derroteros históricos que fueron colocándola desde una posición privilegiada en el marco de las revoluciones burguesas del siglo XVIII hasta su aniquilación posmoderna –en el terreno académico–, pasando por la difícil pero aún no saldada discusión estructuralista de “efecto” subjetivo de invisibles estructuras.

El materialismo histórico, como armazón práctico-teórico de naturaleza social, no fue ajeno a este debate. En el siguiente artículo nos proponemos un esbozo de reflexión sobre el modo en que, sobre todo durante el siglo XX, marxistas y “posmarxistas” tomaron la noción de Sujeto (prácticamente ajena en la producción más acabada de Karl Marx) y la trabajaron desde múltiples costados sin saldar aún la discusión.

Atendiendo a las dinámicas del debate actual respecto del “conocimiento” en la sociedad globalizada y la fetichización de todos los poros de la vida social, nos sumergimos en esa fusión entre “agencia” y “estructura”. No meramente para describir los procesos categoriales que fueron acompañando las distintas “modas” académicas, sino para polemizar y pensar a futuro la utilidad de los conceptos en el marco de una crisis global del capitalismo que actualiza ciertas nociones y, muchas veces, las concretiza sin que la reflexión intelectual pueda acompañarlas con la velocidad y la profundidad que tales acontecimientos merecen.

¿Por qué consideramos que la categoría de sujeto mantiene su vigencia pese a todas las críticas que han sido vertidas por algunos autores del pensamiento contemporáneo?

Sin ánimo de cercenar la disputa, trazaremos algunas variables para describir, criticar y proponer nuevas hipótesis, tendencias, presuposiciones y disparadores que permitan revitalizar la noción de sujeto sin desengancharse de la tradición teórica y su rico legado. Esto no implica de ningún modo situarse en la posición de constituir una síntesis superadora sino mínimamente establecer el marco elemental de un debate que traza sus coordenadas que consideramos salientes y problematiza las limitaciones de cada caso.

Los horizontes epistemológicos en los cuales se ha leído el problema del sujeto también han resultado variados y contradictorios. Algunos han sido producidos en nombre de las novedades intelectuales y acoplados a las coyunturas dominantes y otros han sido mantenidos fieles a una tradición política que ha sobrevivido a las derrotas y los cambios agudos.

Desde que Marx, en su crítica al idealismo hegeliano, ha ubicado al hombre como una unidad indisociable de la naturaleza a la cual transforma con su trabajo, transformándose a él mismo y viéndose impedido de hacerlo a causa del trabajo alienado, el problema del sujeto en relación a un objeto cobra un protagonismo que perdurará por decenas de autores, obras y referentes de la tradición marxista. Respalamos esta afirmación, desde luego, con lo que Marx explica, por ejemplo, en sus “Manuscritos Económicos Filosóficos” de 1844. Allí nos dice

Es en su trabajo sobre el mundo objetivo como el hombre se muestra realmente como ser genérico. *Esta producción es su vida activa como especie; mediante ella la naturaleza aparece como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es, pues, la objetivación de la vida del hombre como especie; porque él no se reproduce ya sólo intelectualmente, como en la conciencia, son activamente y en un sentido real, y contempla su propio reflejo en un mundo que él ha construido.* Al mismo tiempo que el trabajo enajenado *arrebata al hombre el objeto de su producción también le arrebata su vida como especie*, su objetividad real como especie y transforma su ventaja sobre los animales en una desventaja, en tanto que su cuerpo inorgánico, la naturaleza le es arrebatada.²

²Fromm, Eric. Marx y su concepto del hombre. México: Fondo de cultura económica, 1971.

El proletariado estaba llamado a la emancipación social, era el sujeto capaz de tomarse a sí mismo como objeto y emprender la transformación histórica que supere las contradicciones responsables de la explotación social. Sin embargo, la cuestión no se detuvo allí.

Muchos pensadores de la llamada “Nueva Izquierda” como Herbert Marcuse notaron, por ejemplo, que la clase obrera se había “aburguesado” como producto de las condiciones desarrolladas por el Estado de Bienestar keynesiano en Europa y ello produjo un “confort” y un retroceso en la “conciencia de clase” del obrero que obstaculizaba su “devenir sujeto”. Como consecuencia, estos pensadores trataron de ubicar el sujeto en otros sectores sociales marginados por motivos materiales o ideológicos de los placeres consumistas: los estudiantes, los campesinos, y demás sectores “tercermundistas” ocuparían el lugar del “sujeto” como potencia susceptible de la transformación social. Estas teorías abonaron la perspectiva, que Marcuse no vivió pero que su obra y otras habilitaron, al desarrollo de “grupos” que podían encarnar aspiraciones de transformación sin “contaminarse” de la cuestión más “ortodoxa” referida a la clase obrera y el Partido.

No se ponía en cuestión la necesidad de un sujeto sino donde, cómo y en qué sectores sociales éste debía encarnarse.

El fracaso y derrumbe de Unión Soviética bajo la égida del estalinismo y sus herederos representados por los partidos comunistas consolidados al calor de la guerra fría, dio lugar a la “inflación” del posmodernismo donde el término sujeto, junto a otras categorías del pensamiento marxista, sufrieron el destierro cuando no la lisa y llana proscripción. Se trataba de fundamentar una teoría en el ámbito de la filosofía, en particular, que resultara absolutamente funcional al capitalismo con sus dos ejes cruciales: democracia y mercado. Aceptar el orden existente era el único valor promovido.³

Lo que nos resulta importante, a los fines de este trabajo, es entender qué sucedió, en el mencionado contexto, con el pensamiento de izquierda que ya no se reclamaba partidario del marxismo o a lo sumo se desvivía por plantear en él una constante “reformulación” o “resignificación” para extraer de Marx algunas partes

³ Véase al respecto sobre esta línea de pensamiento Callinicos, Alex. *Contra el posmodernismo. Una crítica marxista*. Buenos Aires: Razón y Revolución, 2010.

que aún podían ser útiles en función de pensar la realidad y desechar las otras que fueran consideradas vetustas o inaplicables. Tales fueron las conclusiones del llamado “giro lingüístico” y más tarde los planteos del “autonomismo horizontalista” que ya no estaban preocupados por buscar el “sujeto” en los sectores que resistían al capitalismo sino por englobarlos en categorías que no huelan a “guerra fría” en el marco de “vieja política con la construcción partidaria del marxismo-leninismo”. Así, es el caso de Ernesto Laclau, de quién nos ocuparemos en este trabajo, quién señala

En Europa Occidental, por ejemplo, la clase obrera como grupo unificado no ha hecho otra cosa que declinar. Piensa, por ejemplo, en los cinturones rojos de Francia, que eran aún el centro de una vida y cultura proletarias al fin de la Segunda Guerra Mundial y que han entrado en un rápido proceso de desintegración en las décadas siguientes. Esto, sin embargo, no significa que estamos entrando en sociedades crecientemente integradas, dado que la era del “capitalismo desorganizado” implica que la fragmentación de las posiciones de sujeto que ella genera viene acompañada por la proliferación de nuevos antagonismos y puntos de ruptura. Estos forman la base para el desarrollo de nuevos tipos de luchas obreras entre otras-que también plantean nuevos problemas. En consecuencia, la izquierda debe hoy encarar cuestiones como las siguientes: ¿Cómo unificar, para generar ciertos efectos políticos, un conjunto de luchas basadas en la *dispersión de las posiciones de sujeto*?⁴

Repasemos un poco las consideraciones que han sido el caballito de batalla "laclauiano" para dejar atrás el "esencialismo marxista":

⁴ Laclau, Ernesto. Nuevas reflexiones sobre las Revoluciones de Nuestro Tiempo. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990, pp 176-177.

Marx analizó las condiciones de emergencia del capitalismo y las refirió a dos procesos fundamentales: la existencia del trabajo libre y su venta en el mercado de trabajo y la separación del trabajador libre de los medios y el objeto de trabajo. En este proceso, admitió que algunas de las condiciones de existencia del capitalismo fueron aportadas por fuerzas extra-económicas: de ahí su análisis de la acumulación originaria. A partir de este punto, sin embargo, tendió a pensar (y con él el grueso de la tradición marxista de la Segunda Internacional) que el proceso de acumulación capitalista estaba movido por sus propias leyes-es decir que generaba sus propias leyes de existencia. Pero este es el punto en el que el análisis marxista resulta inaceptable.⁵

Para Laclau, Marx habría roto, en alguna dimensión de su obra (por suerte) con dicho "inmanentismo de leyes trascendentales" cuando le otorgó una centralidad determinada a la lucha de clases, es decir poniendo el eje en la construcción política sobre los determinismos sociológicos propios del siglo XIX y a las que, según Laclau, Marx no habría escapado. Sin embargo, eso fue apenas una parte de su obra que el autor se propone "radicalizar" con los aportes de la lingüística, el psicoanálisis y todo el campo, ya mencionado, del "Discurso". Por supuesto que, para ello, debe ir mucho más allá que el "endemoniado" concepto de "clase" que ya no respondería a las "nuevas subjetividades" que el propio capitalismo dio lugar. Veamos otra afirmación por el estilo, en donde Marx no avanza un ápice respecto a Hegel:

Afirmar que la ley del movimiento de la historia está dada no por el cambio de las ideas en la mente de los hombres sino por la contradicción, en cada etapa, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existente, *no cambia en nada las cosas*. Porque lo que es idealista no es la afirmación de que la ley del movimiento de la historia sea una en lugar de la otra, sino la misma idea de que hay una ley

⁵ Laclau, E, op.cit., p42

final de movimiento que puede ser conceptualmente aprehendida. Afirmar la transparencia de lo real al concepto es equivalente a afirmar que lo real es "forma". Por esta razón las tendencias más deterministas dentro del marxismo son también las más idealistas, ya que basan sus análisis y predicciones en leyes inexorables que no son inmediatamente legibles en la superficie de la vida histórica.⁶

El sujeto, entendido durante mucho tiempo en el campo del marxismo, se hallaba profundamente reformulado en nombre de “la realidad social discursiva” como lo presenta el ya mencionado Ernesto Laclau⁷.

Es de precisar que a lo largo de este trabajo hacemos uso de citas y referencias conceptuales de diversos autores pero el presente ensayo no tiene por finalidad realizar ninguna síntesis acabada ni otorgar la exclusividad a la producción intelectual de los autores mencionados como si ella fuera “la clave” para la resolución de nuestros problemas planteados. La exposición que realizamos de los autores tomados no responde a una cronología ni mucho menos a una reseña agotada de los mismos sobre la temática expuesta. Por el contrario, ellos son tomados en un orden lógico de acuerdo a lo propuesto por nuestro objetivo. En base a lo expuesto hasta aquí planteamos que desde hace ya bastante tiempo existen una serie de planteos por los cuales, en definitiva, lo que se presupone es una resignación o reformulación del sujeto, de tal forma que ya no puedan subsistir los fundamentos centrales que fueron desarrollados desde lo más rico de la tradición marxista con el objetivo de pensar una subjetividad revolucionaria. Es por ello que acudimos, desde Marx en adelante, a determinados referentes ineludibles para nosotros que nos posibiliten pensar los resortes y disparadores elementales con los cuales encontrar las bases disponibles que pongan de relieve la problemática del sujeto en función de toda la potencialidad que éste concepto encierra para la transformación histórica y social.

⁶ Laclau, E, op.cit., p122

⁷ “Para nosotros, “discurso” no es un concepto topográfico, sino que es el horizonte de constitución de todo objeto. La actividad económica, en consecuencia, es tan discursiva como las ideas políticas o estéticas. Producir un objeto, por ejemplo, es establecer un sistema de relaciones entre materias primas, herramientas, etc., que no está dado simplemente por la mera materialidad existencial de los elementos intervinientes. El carácter primario y constitutivo de lo discursivo es, por consiguiente, la condición de toda práctica”. Laclau, E., op. cit, pp194-195.

Definición del sujeto: un comienzo

Cuando se plantea el problema del sujeto, su permanencia con una justificación histórica y política, sin dejar de lado tampoco una base epistemológica, es menester comenzar a establecer de qué definiciones partimos para todo ello. Nos tomaremos para ello del escritor, filósofo e historiador mexicano Carlos Pereyra:

Al plantear la cuestión del sujeto de la historia, es necesario intentar una mayor precisión acerca de lo interrogado, pues la significación del término “sujeto” es cualquier cosa menos comprensible de suyo. Aun sin considerar los diversos significados de esta noción cuando se trata del sujeto lógico o epistemológico, sigue siendo ambiguo y confuso lo que pueda entenderse por “sujeto”. Etimológicamente significa “lo puesto debajo” o “lo que se encuentra en la base”: de ahí un sentido semejante al del término “sustancia”. A este sentido etimológico responde las más de las veces el significado ontológico del vocablo “sujeto”, conforme con él; cual el sujeto es el ente que está en la base sosteniendo o sustentando una determinada realidad. De acuerdo con el sentido mencionado, pues, el término “sujeto” indica la relación de un ente con una realidad sostenida por él o, lo que es igual, con una realidad en alguna manera dependiente del sujeto sustentante.⁸

La extensión del párrafo se justifica por la oportuna diferenciación que el autor hace inclusive dentro del propio concepto y que nos sirve de base para la delineación de la problemática que abordaremos:

El término adquiere un sentido derivado del anterior cuando se define al sujeto por oposición al objeto: significa entonces una entidad autónoma cuya actividad permite el establecimiento de relaciones, a diferencia del simple “objeto” o entidad pasiva de tales relaciones. Se puede extremar

⁸ Pereyra, Carlos. El sujeto de la historia. Revista Dialéctica, año 1, no. 1, Universidad Autónoma de Puebla, (1979) [On line] <https://marxismocritico.files.wordpress.com/2012/06/pereyra.pdf> (enero 2016)

esta significación haciendo del sujeto el polo activo y constituyente enfrentado al objeto concebido como polo pasivo y constituido. Al plantear, pues, la cuestión del sujeto de la historia se estaría interrogando bien por el ente que está en la base sustentando el proceso histórico o bien por el ente constituyente de tal proceso. La primera pregunta remite a una problemática metafísica ya que exige como respuesta el señalamiento de un ente que, estando “más allá” o “debajo” pero, en definitiva, fuera de la historia, sea, sin embargo, la base sustentante de la misma. La segunda pregunta, en cambio, tiene una apariencia de mayor legitimidad, por cuanto interroga por una subjetividad libre, un centro de iniciativas, autor responsable de sus actos, es decir, interroga por el ente de cuya actividad el proceso histórico sería el resultado. Entendida así, la pregunta por el sujeto de la historia sería equivalente a la pregunta acerca de quién hace la historia⁹.

Esta caracterización del sujeto nos accede a trabajar la pertinencia o no de su debate en la actualidad a través de la ya hartamente repetida cuestión del sujeto “sujetado” o de agente promotor de transformación del entorno y realidad en la que vive.

Pereyra, quien trabajó fehacientemente con la idea de la historia como “proceso sin sujeto”, abogó por una subjetividad que complejice las simples discusiones maniqueas de binomios enfrentados y se introduzca de lleno en la contradicción de los términos. Situación que, resta decirlo, incluye las significaciones contradictorias en un desarrollo determinado y con una tendencia en su devenir –y no, simplemente, la descripción de sus entes opuestos sin entender su relación contradictoria.

⁹ Pereyra, C (1979), op.cit.

Esto nos guiará y servirá como referencia para el debate que emprendemos, fundamentalmente sobre algunos autores de renombre en el campo que podríamos genéricamente definir como “marxismo occidental”.

Para ello, en la medida en que el abordaje toma la característica de un debate filosófico por momentos –en la noción más ampliada y epistemológica de Sujeto-, y por otros adquiere la medida de una concreción material de sus postulados –clase obrera revolucionaria, etc; es necesario ordenar nuestra exposición de acuerdo a las oportunas necesidades del razonamiento aquí propuesto.

Nos guiaremos no por una cronología rigurosa sino por textos y elementos de abordaje que permite agrupar nuestros autores en grupos diferenciados (con correspondencia obvia entre sí).

LA CRÍTICA POSMODERNA DEL SUJETO: EL AUXILIO EN LA INFLACION DEL LENGUAJE COMO CLAVE ANALITICA.

Los acontecimientos de los últimos veinte años, que incluyen, entre otras cosas, el derrumbe de las Torres Gemelas, crisis políticas y económicas recurrentes en Europa, los movimientos en Medio Oriente que dieron lugar a la denominada “primavera árabe” provocando el fin de dictaduras prolongadas y que han marcado la incertidumbre para el futuro de esa región del mundo, la colocación, nuevamente, del populismo en la agenda política de Latinoamérica, y una crisis de los mismos como lo observamos en la actualidad, la nominación de “Socialismo del Siglo XXI” que ha circulado en Venezuela durante y después de Chávez, el enorme crecimiento de la izquierda, como lo han mostrado, aquí en la Argentina, reflejado hace ya un par de años en las últimas elecciones, hacen imposible cualquier teorización capaz de seguir redundando en las bondades del “mercado” y la “democracia burguesa” como únicos modelos factibles a seguir en el futuro de la humanidad. Estas situaciones pueden servir para comprender, por ejemplo, que es imposible seguir hablando en términos fieles del “posmodernismo” y “la muerte de las ideologías”, pero ¿ha sucedido lo mismo con el sujeto?

Laclau: cuando el sujeto se vacía históricamente para devenir un signo lingüístico

En el caso de Ernesto Laclau es emblemático cómo el referente social e histórico concreto se desvanece en nombre de una concepción estrictamente idealista que parte de considerar a “lo social” como discursivo. Cada instancia social (política, económica, etc) debe leerse como elementos de un discurso, es decir como signos lingüísticos que se articulan uno en relación con otro, aplicando la teoría del valor de Saussure¹⁰, donde ningún signo adquiere valor en sí mismo sino sólo en relación con otro y eso forma el carácter diacrítico del mismo. Con esta extrapolación, Laclau intenta explicar que no existe una esencia de lo social que agote o que abarque el significado último de lo social, ya que cada una de ellas sólo adquiere realidad enlazada a otra y a otra, hasta que un punto, siempre precario e inestable sobredetermine la cadena de signos y la haga consistir como una totalidad, pero siempre en su carácter de “discurso”¹¹.

Comencemos por tomar una de las afirmaciones de Laclau respecto al agotamiento del concepto de “clase social” y su división a partir de intereses objetivamente irreconciliables:

Por consiguiente, si se afirma que hay, por ejemplo, luchas obreras, pero que estas luchas constituyen tan sólo *una* de las posiciones del sujeto de los agentes sociales, ya que los propios obreros participan en muchas otras que no tienen ninguna relación *necesaria* con las luchas libradas al nivel de la fábrica, se está afirmando algo muy verdadero, pero algo que es incompatible con la teoría marxista de las clases. Y no es que estos objetos-“clases”-deban ser pensados de modo diferente, sino que la propia categoría de “clase” pierde valor analítico en el nuevo terreno teórico.¹²

¹⁰ Véase De Saussure, Ferdinand. Curso de Lingüística General. Buenos Aires: Losada, 1986.

¹¹ Véase las citas hechas en el apartado Palabras introductorias

¹² Laclau, Ernesto. Nuevas reflexiones sobre las revoluciones de nuestro tiempo. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, 1990, p175.

La condición de “obrero” deja de existir, su condición social es remitida en una significación discursiva, encadenada del mismo modo que un signo lingüístico cuando pasa de una enunciación a otra. Para Laclau esta fragmentación identitaria se produce por la imposibilidad de abarcar lo real que el discurso tiene en la historia, por las mutaciones que un signo lingüístico produce cuando se encadena de un discurso en otro, y rige con mucha más fuerza que cualquier división que puede existir en un sindicato controlado por una burocracia que le da la espalda a los trabajadores y los aleja de cualquier necesidad de organización política que exceda los límites sindicales o rige, con igual o más fuerza, que la influencia ideológica que pueda existir por parte de los diversos aparatos de Estado sobre la conciencia de los trabajadores. Todo ello para Laclau no son más que visiones conspirativas, presas de posiciones “economicistas” o de “vanguardistas esclarecidos”, que no toman en cuenta el horizonte, otra vez, discursivo, que debe ordenar y desordenar, según convenga la posición que se adopte, el conflicto de las luchas sociales¹³. Al obrero le corresponde luchar en la fábrica, y, terminado su horario debe convertirse en otro “signo lingüístico” para articularse a otras luchas, presuntamente desconectadas con el problema del salario, de la desocupación, de las horas de trabajo, de su endeudamiento, de su situación familiar, de salud, etc. Su identidad pasará a ser la de “ecologista, consumidor, ciudadano” o, quizás, miembro de una ONG, frente a, aparentemente nuevos problemas, desconectados de las condiciones laborales de su propio trabajo. La precariedad de estas otras condiciones no tendrían relación con su condición de asalariado.

¹³ “La noción de falsa conciencia sólo tiene sentido si la identidad del agente social puede ser fijada. Es sólo sobre la base de reconocer su verdadera identidad que podemos afirmar que la identidad de un sujeto es “falsa”. Y esto implica, desde luego, que esa identidad debe ser positiva y no contradictoria. Dentro del marxismo, una concepción de la subjetividad de este tipo está en la base de la noción de “intereses de clase”. No voy a discutir aquí en detalle las formas de constitución, las implicaciones y las limitaciones de tal concepción de la subjetividad. Tan sólo mencionaré dos procesos que condujeron a su progresivo abandono. En primer lugar, el hiato entre la “conciencia efectiva” y la “conciencia atribuida” se tornó crecientemente más amplio. El modo en que este hiato fue llenado-a través de la presencia de un Partido, instituido como la encarnación de los intereses objetivos de la clase- condujeron al establecimiento de un despotismo “ilustrado” por parte de intelectuales y burócratas que hablan en nombre de las masas, explicaban a éstas sus verdaderos intereses e imponían sobre ellas formas crecientemente totalitarias de control. La reacción a esta situación tomó inevitablemente la forma de de una afirmación de la identidad efectiva de los agentes sociales frente a los “intereses históricos” con los que se intentaba agobiarlos”. Laclau, E, op.cit. p105.

En sus desarrollos teóricos Laclau no puede evitar, sin embargo, conceder el peso que la “unidad obrera” puede tener en la historia de la lucha de clases bajo el capitalismo. Dice entonces:

Por lo tanto, si, como es crecientemente evidente, cualquier tipo de unidad que exista entre esas luchas es precaria y deriva de articulaciones hegemónicas -y no puede ser derivada sobre la base de ningún descriptivismo sociológico-en tal caso el hecho de que las luchas obreras puedan conducir o no a su unidad en una “clase” es el resultado de procesos históricos concretos y no de una teorización a priori.¹⁴

En esto podemos mostrar nuestro acuerdo con el autor: la unidad obrera no es una especulación ni una petición de principios basada en fundamentaciones teóricas sino el fruto de una estrategia política articulada en un proceso histórico concreto. La unidad de clase no puede ser una simple y sólo proclamación principista. Lo que sucede es que Laclau ha decidido tomar partido por los procesos populistas para que la clase obrera se encuentre subordinada a éstos últimos.¹⁵ Pero aquí los senderos se bifurcan. En última instancia, para Laclau, sobre todo con sus desarrollos respecto al populismo, es el liderazgo populista el único articulador legítimo y concreto, tanto de la “unidad obrera” como de cualquier otra que destaque el espíritu del “pueblo”, palabra encumbrada y lo suficientemente desarticulada de las posiciones irreconciliables de clase que ella supone.

¹⁴ Laclau, Ernesto. *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005, p175

¹⁵ Así, podemos afirmar que para progresar en la comprensión del populismo, es una condición sine qua non rescatarlo de su posición marginal en el discurso de las ciencias sociales, las cuales lo han confinado al dominio de aquello que excede al concepto, a ser el simple opuesto de formas políticas dignificadas con el estatus de una verdadera racionalidad. Debemos destacar que esta relegación del populismo sólo ha sido posible porque, desde el comienzo, ha habido un fuerte elemento de condena ética en la consideración de los movimientos populistas. El populismo no sólo ha sido degradado, también ha sido denigrado. Su rechazo ha formado parte de una construcción discursiva de cierta normalidad, de un universo político ascético del cual debía excluirse su peligrosa lógica". Laclau, E, op.cit. p34.

Sin embargo, debemos detenernos un poco más, todavía, en esta apreciación de Laclau respecto a la “declinación de lo social” y “la expansión de lo político”. Todo lo que, desde el marxismo se denomine “lo social” para Laclau son huellas del “objetivismo sociológico propio del siglo XIX” y que reduce, en el caso de Marx, desde la economía, la “politización de lo social” entendiendo siempre a la misma como la capacidad de articulación discursiva que encuentran los distintos sectores sociales para emanciparse libremente de “todo esencialismo de lo social” y no atarse a ningún fundamento trascendente que limite dicha potencia “discursiva”: la Razón, la Clase, el Partido, el Capital (aunque los populismos que él ha apostado nunca han llevado a cabo orientaciones políticas francamente anti capitalistas). Lo político discursivo “versus” lo social objetivo sería el modo certero que Laclau encuentra para justificar la primacía de los antagonismos frente a las contradicciones por encontrarse siempre estas atrapadas en un fundamento sociológico o filosófico que detenga el libre fluido del discurso en las estrategias políticas.¹⁶ Es clara, entonces, nuestra discrepancia con el autor por las razones desarrolladas hasta aquí. En franco acuerdo con el planteo aquí expuesto nos permitimos citar una extensa crítica de Atilio Borón a Laclau respecto a sus concepciones propias de la naturaleza lingüística de lo social y sus reformulaciones del marxismo:

Encerrado en sus propias premisas epistemológicas, [...] las contradicciones del capitalismo se convierten, mediante la prestidigitación "posmarxista", en simples problemas semánticos. Los fundamentos estructurales del conflicto social se volatilizan en la envolvente melodía del discurso, y de paso, en estos desdichados tiempos neoliberales, el capitalismo se legitima ante sus víctimas pues sus contradicciones sólo serían tales en la medida en que existan discursos que lacanianamente las hablen. La lucha de clases se convierte en un deplorable malentendido. No hay razones valederas que la justifiquen: ¡todo se reduce a un simple problema de comunicación!

¹⁶ Véase nuevamente Laclau, E (1990), en especial sugerimos su lectura Parte I: Nuevas reflexiones sobre las Revoluciones de Nuestro Tiempo.

Aún así, aceptemos provisoriamente el razonamiento de nuestro autor y preguntémosnos: ¿por qué no hay antagonismo en la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción? Respuesta: porque según Laclau el antagonismo supone un ámbito externo, factual y contingente, que nada tiene que ver con aquello que en la tradición marxista constituyen las "leyes de movimiento" de la sociedad. Veamos la forma en que Laclau plantea el caso: Mostrar que las relaciones capitalistas de producción son intrínsecamente antagónicas implicaría, por lo tanto, demostrar que el antagonismo surge lógicamente de la relación entre el comprador y el vendedor de la fuerza de trabajo. Pero esto es exactamente lo que no puede demostrarse [...] sólo si el obrero resiste esa extracción (de plusvalía) la relación pasa a ser antagónica; y no hay nada en la categoría de "vendedor de la fuerza de trabajo" que sugiera que esa resistencia es una conclusión lógica.

Para terminar el autor diciendo lo siguiente,

(...) Laclau concluye que: En la medida en que se da un antagonismo entre el obrero y el capitalista, dicho antagonismo no es inherente a la relación de producción en cuanto tal sino que se da entre la relación de producción y algo que el agente es fuera de ella –por ejemplo, una baja de salarios niega la identidad del obrero en tanto que consumidor. Hay por lo tanto una "objetividad social" –la lógica de la ganancia– que niega otra objetividad –la identidad del consumidor. Pero si una identidad es negada, esto significa que su plena constitución como objetividad es imposible. Tan preocupado está nuestro autor por combatir al "reduccionismo clasista" y los múltiples esencialismos del vulgo-marxismo que termina cayendo en la trampa del reduccionismo discursivo. En esta renovada versión, ahora sociológica, del idealismo trascendental –ciertamente pre-marxista, y no posmarxista, al menos cronológicamente hablando– el

discurso se erige en la esencia última de lo real. El mundo exterior y objetivo se constituye a partir de su transformación en objeto de un discurso lógico que le infunde su soplo vital y que, de paso, devora y disuelve la conflictividad de lo real. La explotación capitalista ya no es resultado de la ley del valor y de la extracción de la plusvalía, sino que sólo se configura si el obrero la puede representar discursivamente o si, como decía Kautsky, alguien viene "desde afuera" y le inyecta en sus venas la conciencia de clase. La apropiación capitalista de la plusvalía, como proceso objetivo, no sería así suficiente para hablar de antagonismo o lucha de clases mientras los obreros no sean conscientes de ello, se rebelen y resistan esa exacción. Conviene agregar que nuestro autor pasa completamente por alto el examen de la diversidad de formas que puede asumir la rebelión y la resistencia de los explotados, algo difícil de entender dada la centralidad que estas categorías tienen en su argumento y la rica variedad de experiencias históricas disponibles para su análisis. Por otra parte, y tal como lo vemos en la segunda cita, lo que está en juego no es la producción de la riqueza social y la distribución de sus frutos, sino una nebulosa identidad obrera como consumidor –a la Ralph Nader– que se vería frustrada por el accionar de un empresario rapaz y prepotente¹⁷

Lyotard, el relato desmantelado

El caso de Laclau, si bien paradigmático en las humanidades de nuestro país, no es el único que se inscribe en un posicionamiento que ya tiene décadas de producción sobre el debilitamiento o descentramiento del sujeto como excusa académica para desplazar el objeto de estudio de la transformación social a las unidades temáticas aisladas.

A pesar de que no es el objetivo de este trabajo un simple compendio de todas las teorías posmodernas (aunque para algunos pensadores ubicados allí esto es un

¹⁷ Borón, Atilio “¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”, *Revista Mexicana de Sociología*, México. vol. 58, núm. 1 (1996).

oxímoron), sino revisar a grandes rasgos cómo algunos de estos autores pensaron el sujeto.

Un referente por excelencia ha sido también Jean-François Lyotard, quien fundamentalmente en “La condición posmoderna” extrajo conclusiones de relevancia en el campo académico, si bien sin impactar de lleno en una reformulación de los tópicos que la intelectualidad de la sociedad occidental ya venía pensando en todo ese contexto¹⁸.

Uno de los aportes considerados en el libro mencionado es, fundamentalmente, la caída de las grandes Narrativas (con mayúscula) en un tiempo supuestamente posmoderno que vivimos, y que reemplaza categorías sociales de antaño con nuevas definiciones respecto de los hechos sociales que componen en nivel micro la sociedad “posmoderna”. En palabras de Lyotard,

La novedad es que en ese contexto los antiguos polos de atracción constituidos por los Estados-naciones, los partidos, las profesiones, las instituciones y las tradiciones históricas pierden su atracción. Y no parece que deban ser reemplazados, al menos a la escala que les es propia (...) De esta descomposición de los grandes Relatos, que analizamos más adelante, se sigue eso que algunos analizan como la disolución del lazo social y el paso de las colectividades sociales al estado de una masa compuesta de átomos individuales lanzados a un absurdo movimiento browniano.¹⁹

Lyotard, además de la defunción de las grandes narrativas, se toma el trabajo de dotar a la ciencia de un lugar de vanguardia en el nuevo proceso económico globalizador, a pesar de que llevado al extremo el panorama desolador planteado por

18 El impacto de la obra de Lyotard excede el límite de este trabajo, pero como ejemplo de quienes han dicho que no modificó los términos del debate intelectual de su época, ver, por ejemplo, Connor, S (1989) que citamos en la página siguiente.

¹⁹ Lyotard, Jean-François. La condición postmoderna. Madrid: Editions de Munit-Ediciones Cátedra, 1979 [On line] <https://catedraepistemologia.files.wordpress.com/2009/05/la-condicion-posmoderna-de-jean-francois-lyotard.pdf> (enero 2016).

él ni siquiera le brinda al intelectual un lugar en el mundo. Como indica un crítico de su obra,

Lyotard destila pesimismo ante el papel del intelectual en un mundo moderno que ha prescindido del horizonte legitimador de la historia universal o el saber absoluto (...) considera a lo social postmoderno como algo intrínsecamente estético –organizado en términos de narración, estructura lingüística y libidinosa, más que en términos de poder (...) proporcionando la ilusión de dominarla analíticamente.²⁰

Y si bien es cierto que estas críticas tienen un profundo significado, como cuando Terry Eagleton dice con sorna que “no es difícil apreciar cierta relación entre la filosofía (...) de los numerosos neo-nietzscheanos de una época posestructuralista y la Standard Oil”²¹, nuestra preocupación se centra, también, en el rechazo de estas nociones que hace el profesor norteamericano Fredric Jameson y que, entendemos, coloca el punto de nuestro artículo en toda su anchura:

Paradójicamente, este resurgimiento de una perspectiva esencialmente narrativa de la “verdad”, y la vitalidad de las pequeñas unidades narrativas que funcionan en todas partes *localmente* en el sistema social actual, van acompañadas de algo así como una “crisis” global o totalizadora de la función narrativa en general (...) (por ejemplo, ya no creemos en teleologías políticas o históricas, o en los grandes “actores” y “sujetos” de la historia: Estado-nación, proletariado, partido, Occidente, etc.). Esta contradicción aparente puede resolverse, creo, dando un paso adicional que Lyotard no parece dispuesto a dar en este texto, a saber, postular, no

²⁰ Connor, Steven. Cultura posmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad. Madrid: Ediciones Akal, 1989, pp35-36.

²¹ Citado en Connor, S (1989), op.cit, p35.

la desaparición de las grandes narrativas, sino su pasaje a la clandestinidad (...), su eficacia continua pero ahora *inconsciente* como modo de “reflexionar” y actuar en nuestra situación actual.²²

Como vemos, no está lejos el enfoque de Jameson del planteo general que hacemos de la discusión sobre el sujeto, incluso va más allá y no personaliza en Lyotard sino que se referencia en un momento particular de los pensadores occidentales con posterioridad al “socialismo realmente existente” y a las derrotas políticas de fines de los 60:

Las afiliaciones de Lyotard en este punto parecerían acercarlo a *El AntiEdipo* de Deleuze y Guattari, que también nos advertían, al final de ese trabajo, que la ética esquizofrénica que proponían no era de ningún modo, sino un modo de sobrevivir bajo el capitalismo produciendo nuevos deseos dentro de los límites estructurales del modo de producción capitalista.²³

UNA LECTURA TENTATIVA PARA CONDUCIR HACIA LA REVITALIZACION DEL SUJETO:

¿Está planteada una “reconstitución” del sujeto que los fracasos del estalinismo y el posmodernismo contribuyeron a enterrar? Si muchos partidos u organizaciones que se reclaman del marxismo aún sostienen dicho concepto como un estandarte en su andamiaje teórico y político ¿ha logrado esto una expansión teórica con su correspondencia práctica al campo de la lucha de clases en la actualidad? ¿Continúa espantada la academia oficial con el concepto de sujeto? Pero, ¿importa ello? En parte, consideramos que sí, en parte pensamos que lo excede.

²² Jameson, Fredric. *Las ideologías de la teoría*. Buenos Aires: Eterna cadencia, 2014, p305.

²³ Jameson, F., (2014) op.cit, p312.

De eso entonces se trata, de colocar los términos de un debate largamente abordado, por un lado, al interior de pensadores marxistas o filo-marxistas, por otro, con los autores que alejados de esa perspectiva reclaman para sí la continuidad de reflexiones filosóficas que involucran, por presencia u omisión, la cuestión del sujeto.

Marx y el sujeto como personificación del capital

En palabras de Marta Harnecker, “Se llama lucha de clases al enfrentamiento que se produce entre dos clases antagónicas cuando éstas luchan por sus intereses de clase.”²⁴ Es un conjunto de enfrentamientos entre fuerzas sociales políticas, que nace de las condiciones de existencia de los individuos: la base objetiva de la lucha de clases es el proceso de producción social basado en la explotación.

La objetividad de la lucha de clases tiene doble implicancia: por un lado es inevitable –al depender de las condiciones del proceso de producción social- y por otro lado presenta regularidades, por lo que posee patrones –al ser un proceso social con una constitución material-. El carácter objetivo de la lucha de clases se pone de manifiesto incluso en su momento más avanzado que es la revolución. A su vez, la lucha de clases requiere de la acción del sujeto, ya que no puede escapar a la subjetividad:

La revolución no surge de toda situación revolucionaria, sino solamente del caso donde a todos los cambios objetivos ya enumerados se agrega un cambio subjetivo, el siguiente: la capacidad de la clase revolucionaria para realizar acciones revolucionarias de masa lo suficientemente vigorosas como para romper completamente (o parcialmente) el antiguo gobierno, que no “caerá” jamás, aún en la época de crisis, si no se le “hace caer”.²⁵

24 Harnecker, Marta. Los conceptos elementales del materialismo histórico. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1975, p203.

25 Lenin, Vladimir. Obras Completas, Tomo XXI, El fracaso de la II Internacional, citado en Harnecker, Marta, 1975, p213.

Marx y Engels establecen la teoría vista como una ley social, en efecto, la de la lucha de clases. La importancia que tiene esta ley radica en su variabilidad, por lo que se distinguen distintos estadios de su actividad reguladora – observando que “la categoría estadio refiere necesariamente a un modelo, a una abstracción, y no a un momento histórico-concreto”²⁶- donde cada uno de ellos posee su propia legalidad, condiciones y dinámica.

La lucha de clases delimita tres momentos. El primero “configura una situación de máxima disimetría de poder, el proletariado existe como clase en sí (en la terminología hegeliana) es decir, objetivamente”.²⁷ En palabras de Marx y Engels:

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia, si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos debe –y por ahora puede- poner en movimiento a todo el proletariado.²⁸

Este estadio se organiza bajo la lógica del mercado, y la determinación es estructural.

En el segundo momento, la disimetría se relativiza, el proletariado se organiza en sindicatos y coaliciones locales bajo la lógica de las negociaciones que tienen siempre una doble finalidad, “La de hacer cesar la competencia entre ellos, para poder hacer una competencia general al capitalista.”²⁹, lo que Lenin nombra como lucha tradeunionista:

La clase obrera, exclusivamente por sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de desarrollar una conciencia trade-unionista, es decir, la

²⁶ Nievas, Flabián. “Marx y Engels: una compleja teoría abierta”, en Revista Conflicto Social, nº 0, noviembre, 2008, p57.

²⁷ Nievas, F 2008, op.cit, p55

²⁸ Marx, Karl; Engels, Fredric. El manifiesto del partido comunista. Buenos Aires: Anteo, 1973, p23.

²⁹ Marx, Karl. Miseria de la filosofía. Madrid: Orbis, 1985, p108.

convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.³⁰

En el tercero hay una relativa paridad de fuerzas, con una organización bajo la lógica de la guerra:

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación”³¹,

que engloba también a la política, en un partido revolucionario:

(...) Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales se centralicen en una lucha nacional, la lucha de clases. Más toda lucha de clases es una lucha política. (...) Esta organización del proletariado en clase, y por lo tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, siempre más fuerte, más firme, más potente.³²

Así como los enfrentamientos adoptan diferentes formas, desde las contractuales en el primer momento, las huelgas y finalmente las acciones militares, también mutan las personificaciones: de obrero que vende su fuerza de trabajo y se desenvuelve como personificación de su mercancía, siendo el esclavo del carácter

³⁰ Lenin, Vladimir (1906) “La guerra de guerrillas”. Obras Completas, Tomo XIV, Moscú, Progreso, 1983.

³¹ Marx, K.; Engels, F. (1973), op.cit, p24.

³² Marx, K.; Engels, F. (1973), op.cit, p23.

social de su producto, en segundo lugar obrero-clase y hasta aquí observamos una determinación estructural, los sujetos se articulan por esa lógica económica con la categoría de personificación: el conjunto de relaciones sociales determina a la conciencia: Marx expresa en las Tesis VI y VII sobre Feuerbach que no son las personificaciones las que conforman en esta etapa la conciencia de los hombres sino el conjunto de relaciones sociales:

Feuerbach reduce la esencia de la religión a la esencia del hombre. Pero la esencia del hombre no es una abstracción inherente a cada individuo particular. *La verdadera naturaleza del hombre es el conjunto de sus relaciones sociales.* Feuerbach, que no entra en la crítica de esta esencia real, se ve pues obligado: 1. A hacer abstracción del curso de la historia y a convertir el espíritu religioso en algo inmutable, existente por sí mismo, y a suponer la existencia de un individuo humano abstracto, aislado. 2. A considerar la naturaleza del hombre únicamente en términos de género, como una cualidad universal interna y muda que une a los numerosos individuos de forma puramente natural.

Por eso Feuerbach no ve que el «espíritu religioso» es un producto social y que el individuo abstracto que él analiza pertenece a una forma particular de sociedad.³³

Es en el tercer estadio, donde la forma que adopta el sujeto es la de revolucionario –que es la negación dialéctica del obrero- donde hallamos a un sujeto armado, integrado a la fuerza social política, que se organiza a través de la estrategia, y se produce un enfrentamiento entre los que defienden la reproducción del orden social y los que pugnan por un cambio. Hallamos aquí ya un sujeto político constituido. El cambio social, para Marx, depende siempre de la acción de los sujetos.

³³ Marx, K, 2000, op.cit, el subrayado es nuestro.

Basta con indicar que, si en *La ideología alemana* Marx hablaba de que “se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida”³⁴. O, por ejemplo, como retoma Erich Fromm hablando del hombre en Marx, Krieger sostiene que “para Marx la sustancia común de la historia era la actividad de los hombres —'los hombres como autores y actores de su propia historia'— y esta actividad se extendía por igual a todos los niveles: modos de producción, relación y categorías sociales”³⁵. El eje está puesto en el hombre, en su accionar, por más determinaciones que los modos de producción puedan tener.

Más adelante, en su producción económica, como se la conoce, en su crítica de la economía política, su atención estará puesta sobre los componentes económico-sociales, como la mercancía, el dinero, etc.

El sujeto, así, pasó por muchos momentos en su literatura, que a pesar de denominarlo con otros epítetos (individuo, clase obrera, etc.) sufre las variaciones correspondientes a la propia dinámica social de las categorías por él utilizadas.

Volvemos a “La ideología Alemana” donde podemos rastrear la afirmación de que determinados individuos, como productores, actúan de un determinado modo y contraen así determinadas relaciones sociales y políticas.

La organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena sino tal y como realmente son: es decir, tal como actúan y como producen materialmente y por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad.³⁶

³⁴ Marx, Karl. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos, 1985, p 26

³⁵ Krieger Leonard, en Fromm, Eric. *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de cultura económica, 1971, p14.

³⁶ Marx, K, 1985, op.cit, pp 28

Conocida es ya la sentencia marxista que sostiene que la producción de representaciones aparece directamente entrelazada con la actividad material de los hombres: las ideas se “producen”. Hay un conjunto de relaciones que los individuos no eligen, no controlan y los determinan. El poder social –la fuerza de producción multiplicada- se les aparece a los individuos como un poder ajeno que no pueden dominar. La gran masa “desposeída”, nos dice Marx, se produce simultáneamente en todos los pueblos, lo que instituye a individuos histórico-universales, y no locales:

La verdadera riqueza espiritual del individuo depende totalmente de la riqueza de sus relaciones reales. Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales y se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar de esta multiforme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de los hombres).³⁷

El propio Marx nos advierte que no debemos interpretar esto de un modo idealista como “autocreación del género” (la sociedad como “sujeto”), como si los individuos relacionados fueran un solo individuo que realiza la acción de engendrarse a sí mismo, sino como que los individuos se hacen los unos a los otros, pero no se hacen a sí mismos.

La sociedad civil- el intercambio material de los individuos- , es el fundamento de toda la historia. Los hombres tienen historia –y la historia es para Marx una sucesión, un cambio que los hombres realizan sobre la naturaleza y ésta a su vez los cambia a ellos y cuya fuerza propulsora es la revolución:

Esta concepción de la historia consiste, pues, en exponer el proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material e la vida

³⁷ Marx, K, 1985, op cit, p39

inmediata, y en concebir la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, la sociedad civil en sus diferentes fases, como el fundamento de toda la historia, presentándola en su acción en cuanto Estado y explicando en base a ella todos los diversos productos teóricos y formas de la conciencia, la religión, la filosofía, la moral etc. (...) de que la fuerza propulsora de la historia, incluso la de religión, la filosofía y toda la teoría, no es la crítica, sino la revolución.³⁸

Se trata de pensar las actividades de los hombres, porque están obligados a producir su vida, y producirla de un determinado modo, y otro tanto ocurre con su conciencia.

La clase obrera es el sujeto de la transformación de la sociedad, porque la revolución es producto del individuo histórico-universal y ese individuo universal no puede ser otro que el que produce el mundo, y como tal, porta intereses universales y no ya particulares como sí los porta la burguesía.

Como bien sabemos, en la obra de Marx está presente también la definición del sujeto como personificación del capital. Ya en el prólogo a la primera edición de *El Capital* nos acerca una definición:

Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas.³⁹

38 Marx, Karl. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos, 1985, p 40.

39 Marx, Karl. *El capital: Crítica de la economía política*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, prólogo a la primera edición, 2000, p. xv.

Es decir, las máscaras que asumen las personas en lo económico, no son más que personificaciones de “las relaciones económicas como portadoras de las cuales dichas personas se enfrentan mutuamente”.⁴⁰

Para la sociedad capitalista, la relación social general es la producción de mercancías –valores, trabajo materializado-. El capital es, por lo tanto, la relación social objetivada que determina la subjetividad productiva de los individuos en una sociedad determinada.

No es únicamente el trabajo abstracto socialmente necesario lo que hace cambiables a las mercancías, hay otra condición: para que un producto sea una mercancía no debe haber un vínculo con las personas que consuman el producto. El modo en que una sociedad organiza la producción, toma la forma concreta de las relaciones de producción: sólo en el capitalismo el trabajo se realiza de manera privada e independiente, sólo en la producción de mercancías hay individuos recíprocamente libres que “Como individuos libres, los productores independientes de mercancías ejercen mediante su conciencia y voluntad el control pleno sobre sus trabajos individuales, pero carecen de todo control sobre el carácter social de éstos”.⁴¹

El trabajo abstracto socialmente necesario aparece como valor de las mercancías: aparece como la aptitud de las mercancías para relacionarse de manera social en el intercambio y así, poner en relación social a sus productores independientes.

Los individuos están obligados a producir valor, a producir su relación social general: son atributos de su mercancía. El productor libre necesita producir valor y por esto debe someterse a la necesidad que le es impuesta por la forma de valor que adopta el producto de su trabajo.

Se desenvuelve como personificación de su mercancía, es el esclavo del carácter social de su producto:

⁴⁰ Marx, K 2000, op cit., p48.

⁴¹ Carrera, Juan. El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013, p10.

“Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente del carácter social de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo.”⁴²

Controla su trabajo individual –y lo hace con destreza, el capitalismo necesita de trabajadores capacitados para esto, que puedan tomar decisiones en el marco de la jornada laboral- pero se encuentra subordinado a las potencias sociales del producto de su trabajo. La conciencia del trabajador libre sólo incide en el trabajo social en tanto éste personifique su mercancía. El carácter social de su producto se le presenta entonces como una fuerza que le es hostil, al estar encarnada en la mercancía.

Ahora bien, la forma mercantil tiene la particularidad de que las relaciones sociales entre los productores, revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo de los hombres: el carácter fetichista de la mercancía se origina en la índole social del trabajo que produce mercancías. Los objetos se convierten en mercancías porque son productos de privados ejercidos independientemente los unos de los otros.

A éstos (los productores), por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos se les ponen de manifiesto como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como relaciones propias de las cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas.⁴³

⁴² Carrera, J 2013, op.cit, p11

⁴³ Marx, K 2000, op. cit, p89.

En este sentido, Juan Iñigo Carrera afirma que:

Cuánto más se ve el obrero a sí mismo como un individuo abstractamente libre, es decir, como un individuo cuyas potencias sociales brotan de su sola condición de sujeto libre, más prisionero se encuentra de encarnar las potencias del capital que necesitan tomar forma concreta en la negación de la organización conciente de la vida social. Por su parte, el capitalista sólo se afirma como individuo libre en cuanto personifica la necesidad de su capital de acumularse.⁴⁴

No puede ser de otra manera: si no se desenvuelve como conciencia y voluntad de su mercancía, no puede hacerlo como individuo. Y “La conciencia y voluntad *libres* del productor son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas”⁴⁵, las potencias productivas del trabajo social existen en la medida en que son potencias del capital, porque toda producción social tiene por objeto la producción de valor.

Entonces, personas que no tienen ningún vínculo entre sí, personifican sus mercancías en la producción tratando de producir un objeto portador de valor, entran en una relación directa de personificaciones que es la de compra-venta. Cuando un individuo produce mercancías, éstas deben ser portadoras de una propiedad que depende de otras personas: deben poder satisfacer una necesidad social solvente.

La relación capitalista-obrero es una relación de una personificación de mercancías a otra, que termina por someter la voluntad del obrero a la del capitalista de manera antagónica en la compra y venta de fuerza de trabajo, y mientras esta compra-venta dura. Es decir, la personificación se define en tanto es obrero por la relación social que estructura la acción: en la producción, las personificaciones son

⁴⁴ Carrera, Juan. El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013, p18

⁴⁵ Carrera, J 2013, op.cit, p11

capitalista-obrero. La relación social determina las acciones, el capitalista es la personificación del capital que busca valorizarse.

El obrero al ser libre se encuentra mutilado para desarrollar las potencias productivas de su trabajo libre individual, porque vende su fuerza de trabajo. El valor de la fuerza de trabajo se realiza de forma privada e independiente y ésta es la manera en que se determina el carácter antagónico de la relación obrero-capitalista: “El carácter antagónico de la relación directa establecida entre el obrero y el capitalista se encuentra determinado de manera históricamente específica como forma concreta de realizarse el valor de la mercancía fuerza de trabajo. Por lo tanto se encuentra determinado como forma concreta de organización del trabajo social mediante su realización privada e independiente”⁴⁶ Como el obrero debe reproducir su vida, vende su fuerza de trabajo por debajo de su valor, lo que resiente el capital total de la sociedad.

De un primer momento, de competencia entre los obreros, se pasa a otro momento en el que, como señalan Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, se establecen lazos de solidaridad entre los obreros :

Pero la industria, en su desarrollo no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables ; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. (...) las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común defensa de sus salarios.⁴⁷

Entonces, la compra-venta de fuerza de trabajo toma forma no ya como personificaciones antagónicas individuales, sino como clases de personificaciones que se enfrentan entre sí directamente. En palabras de Juan Iñigo Carrera :

⁴⁶ Carrera, J 2013, op.cit, p14

⁴⁷ Marx, Karl; Engels, Fredric. El manifiesto del partido comunista. Buenos Aires: Anteo, 1973, p23.

Esa competencia toma forma concreta en una relación de cooperación (...) La venta de la fuerza de trabajo por su valor trasciende las potencias del obrero individual, pero también trasciende las del colectivo de obreros recortado por el carácter privado de cada capital individual. (...) Por lo tanto, la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor toma necesariamente forma concreta en la determinación de obreros y capitalistas, no ya simplemente como personificaciones antagónicas que se enfrentan de manera indirecta e individual a través de la compraventa de la fuerza de trabajo, sino como clases de personificaciones que se enfrentan entre sí de manera directa. Esto es, dicha compraventa se realiza tomando necesariamente la forma concreta de la lucha de clases”.⁴⁸

Afirman a este respecto Marx y Engels: “La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción y con ello todas las relaciones sociales.”⁴⁹
Y en otro lado,

Los sujetos individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos a los otros, hostilmente, en el plano de la competencia⁵⁰

El progreso de la industria al que la burguesía no puede oponerse, quiebra el aislamiento de los obreros, que deberán consumir una unión revolucionaria, que a su vez depende de la acción colectiva de los sujetos: este aislamiento se quiebra en la lucha política.

⁴⁸ Carrera, J 2013, op.cit, p15

⁴⁹ Marx, K; Engels, F 1973, op. cit, p21.

⁵⁰ Marx, Karl La Ideología Alemana. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos, 1985, p 64

Lukacs: Una tentativa consistente para el anclaje del sujeto

Lukacs representa, para nosotros, una tentativa sumamente elocuente para pensar la constitución de la subjetividad revolucionaria desde una indisociable unidad práctico-teórica, afrontando las tareas que la tradición marxista debe tomar en su campo histórico y concreto. Es su legado el que nos permite también extraer potentes conclusiones para no olvidar que las fuerzas subjetivas deben siempre partir de las experiencias reales que han tenido los movimientos revolucionarios y del estado de situación de las fuerzas objetivas en los procesos sociales actuales para lograr construir el trazado de las estrategias necesarias con vistas a la transformación histórica.

Como no podía ser de otro modo nos ocuparemos ahora del autor de *Historia y conciencia de clase*, un libro que sin duda –aún con momentos o períodos de olvido sobre su importancia- sigue signando las reflexiones del campo marxista e intelectual en general, sobre todo porque colocó las bases de una reflexión epistemológica capaz de abarcar la totalidad del espectro social y brindar teoría para el pensamiento socialista y comunista de nuestra contemporaneidad.

Como Terry Eagleton dice en un artículo de 2003:

(...) el socialismo era inevitable, pero esta inevitabilidad incluía la inevitabilidad de la clase trabajadora. Era muy probable que el proletariado se alzara y derrocará al sistema cuando su situación fuera suficientemente intolerable y cuando hubiera logrado la conciencia del rol histórico que le cabía (...) Pese a ello, todo esto apenas deja al sujeto como centro de la cuestión. *Lo que cambió todo a este respecto fue la revolución bolchevique.*⁵¹

⁵¹ Eagleton, Terry. Figuras del disenso. Buenos Aires: Prometeo, 2005, p112, destacado nuestro.

Siguiendo con Eagleton, Lukacs fue el encargado en el marco de la revolución obrera triunfante (la bolchevique), de reescribir la historia y dotar a la revolución de la epistemología que le faltaba:

La práctica leninista sobrepasó la teoría. Para explicar lo que pasó, es preciso cambiar un filósofo burgués por otro, retroceder a Hegel –no a Kant- y recuperar una idea de la conciencia como intervención activa más que como forma precisa de crear imágenes. Se necesitaba una reforma hegeliana del marxismo, lo cual reescribiría la historia en retrospectiva y brindaría al bolchevismo, luego de acaecer, la epistemología que le faltaba.⁵²

Las fuentes de Lukács son Marx y Weber: de este último utiliza la idea de racionalización de las esferas de acción. Weber afirma en su obra *Ensayo sobre la sociología de la Religión*⁵³ que las diferentes disciplinas (arte, política etc.) se rigen en el capitalismo por sus propias lógicas y son escindidas de la religión⁵⁴.

Toma de Marx como fuente para su trabajo El carácter fetichista de la mercancía y su secreto, apartado final del Capítulo I del primer tomo de *El Capital*. Marx se plantea explicar la relación entre las formas fenoménicas y la estructura social, que no son evidentes y pueden producir efectos engañosos.

La forma de trabajo social asume la forma de mercancía. En el fetichismo, se manifiestan unas relaciones entre personas, y entre personas y cosas de una manera invertida. Los hombres establecen relaciones objetivas entre sí, y las cosas parecieran mantener relaciones sociales entre ellas. Los hombres observan en sus propios productos cualidades que les son inherentes. En palabras de Marx:

⁵² Eagleton, T., (2005), op.cit, p113.

⁵³ Weber, Max. Ensayos sobre la sociología de la religión, Tomo I. Madrid, Taurus, 1920, p11.

⁵⁴ Ver Donatello, Luis “La tensión entre las esferas religiosa y política en la modernidad. Una lectura a través de Nietzsche y Weber”, 2005, [On line]
<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/11/lmdonatello.pdf>.

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. Es por obra de este *quid pro quo* (tomar una cosa por otra) como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensorialmente suprasensibles o sociales.⁵⁵

Marx quiere desmitificar la mercancía como dotada de cualidades humanas, que obligan a los hombres a mantener relaciones materiales entre sí. Ésta es la forma históricamente necesaria en el contexto de relaciones sociales sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción como forma generalizada debido al desarrollo de la división del trabajo:

A éstos (los productores), por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les *ponen de manifiesto* como lo que son, vale decir, no como relaciones sociales directamente trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como *relaciones propias de cosas* entre las personas y *relaciones sociales* entre las cosas.⁵⁶

Lukacs, y la escuela de Frankfurt en general, se van a mostrar interesados por los problemas del arte y la cultura en el marco capitalista. Lukács va a afirmar que la forma mercancía no es meramente económica. La generalización de la forma

⁵⁵ Marx, Karl El capital: Crítica de la economía política. México D.F: Fondo de Cultura Económica, Tomo I, Cap. I, apartado IV, 2005), 2005, p88.

⁵⁶ Marx, K 2000, op.cit, p89.

mercancía coloniza todas las dimensiones de la vida humana. En su obra *Historia y Conciencia de Clase*, Lukács afirma:

No es en modo alguno casual que las dos grandes obras maduras de Marx dedicadas a exponer la totalidad de la sociedad capitalista y su carácter básico empiecen con el análisis de la mercancía. Pues no hay ningún problema de ese estadio evolutivo de la humanidad que no remita en última instancia a dicha cuestión, y cuya solución no haya de buscarse en la del enigma de la *estructura* de la mercancía. Es cierto que esa generalidad del problema no puede alcanzarse más que si el planteamiento logra la amplitud y la profundidad que posee en los análisis del propio Marx, más que si el problema de la mercancía aparece no como problema aislado, ni siquiera como problema central de la economía entendida como ciencia especial, sino como problema estructural central de la sociedad capitalista en todas sus manifestaciones vitales. Pues sólo en este caso, puede descubrirse en la estructura de la relación mercantil el prototipo de todas las formas de objetividad y de todas las correspondientes formas de subjetividad que se dan en la sociedad burguesa.⁵⁷

La forma mercancía se traslada, por fuera de la actividad económica, al nivel de la conciencia subjetiva de los participantes en la transacción de mercado y al nivel de las relaciones sociales cotidianas entre los individuos. La mercancía condensa todas las relaciones sociales: es la clave de interpretación de cómo funciona toda la sociedad capitalista en sus diferentes niveles.

El hombre enfrenta con su propio trabajo como algo objetivo, independiente de él, que es capaz de dominarlo. Y Lukács nos dice que esto ocurre desde el punto de vista objetivo y también desde el subjetivo. Objetivamente surge un “mundo de cosas y relaciones cósmicas cristalizado (el mundo de las mercancías y de su movimiento en

⁵⁷ Lukács, Giorg. *Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2da. Edición, 2013, p187.

el mercado), cuyas leyes, aunque paulatinamente van siendo conocidas por los hombres, se les contraponen siempre como poderes invencibles, autónomos de su actuación”⁵⁸ Ocurre subjetivamente porque la actividad del hombre se le objetiva a él mismo, se transforma en mercancía independiente respecto de él, es el momento en que la forma mercancía, como afirma Marx, se generaliza. Y la generalización objetiva de esta forma depende de su intercambiabilidad: “La forma simple de valor de una mercancía está contenida en su relación de valor con otra mercancía de diferente clase o en la relación de intercambio con la misma”.⁵⁹ Esta intercambiabilidad es posible sólo si se considera a esos productos como formalmente iguales basado en el principio de que éstos son productos del trabajo humano abstracto: “La forma general del valor, la cual presenta a los productos del trabajo como simple gelatina de trabajo humano indiferenciado, deja ver en su propia estructura que es la expresión social del mundo de las mercancías.”⁶⁰ De manera subjetiva, esa igualdad formal del trabajo humano se convierte en principio real del proceso de producción efectivo de las mercancías, entonces, la división capitalista del trabajo “Llega a ser una categoría social, la cual influye decisivamente en la forma de la objetividad tanto de los objetos cuanto de los sujetos de la sociedad así nacida, de su relación con la naturaleza y de las relaciones con ella posibles entre los hombres.”⁶¹

Se eliminan entonces progresivamente las cualidades individuales del trabajador como consecuencia de la racionalización del tiempo de trabajo: “(...) Hasta sus cualidades psicológicas se separan de su personalidad total, se objetivan frente a él (...)”⁶²

“Desaparece el producto unitario del proceso de trabajo”⁶³ y esta descomposición racional del proceso de trabajo aniquila así la necesidad de realizar operaciones vinculadas para lograr una unidad. La unidad del producto como

⁵⁸ Lukács, G 2013, op.cit, p191.

⁵⁹ Marx, K 2000, op.cit, p74

⁶⁰ Marx, K 2000, op.cit, p82

⁶¹ Lukács, Giorg 2013, op.cit, p193.

⁶² Lukács, Giorg. Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2da. Edición, 2013, p193.

⁶³ Lukács, G 2013, op.cit, p194

mercancía no coincide ya con su unidad como valor de uso. Esta descomposición significa también el desgarramiento del sujeto: todo aquello que es una manifestación individual del obrero es percibida como un error, y queda inserto entonces como parte de un sistema que funciona independientemente de él.

“La actividad del trabajador va perdiendo cada vez más intensamente el carácter de actividad, para convertirse paulatinamente en una actitud contemplativa.”⁶⁴ Todo el proceso de producción pareciera depender de la máquina. Así como se descompone el tiempo, que se convierte en un conjunto de cosas cuantificables, los sujetos se descomponen porque su fuerza de trabajo se objetiva frente a su personalidad total, y desgarrar con esto los vínculos humanos.

Para Lukács, la condición sine qua non del proceso de cosificación del trabajo y la conciencia es que la satisfacción de las necesidades se realice en la forma de tráfico de mercancías. La mecanización racional y la *calculabilidad* deben abarcar todas las dimensiones de la vida.

El obrero debe auto-objetivarse, y esa autoobjetivación, “(...) esa conversión de una función humana en mercancía, revela con la mayor crudeza el carácter deshumanizado y deshumanizador de la relación mercantil.”⁶⁵ Así como el modo de producción capitalista se produce y reproduce en el nivel económico, así también lo realiza la estructura cosificadora en la conciencia de los hombres.

La calculabilidad ocurre en el derecho, en la esfera científica que produce conocimientos fragmentados debido a su especialización, en el Estado –que Lukács afirma con Weber que es idéntico a una empresa, al igual que las fábricas- “(...) una intensificación monstruosa de la especialización unilateral en la división del trabajo (...)”⁶⁶

La estructuración unitaria de la relación social general para toda la sociedad, origina una conciencia también unitaria para toda esa sociedad: la clase dominante también posee cosificada su conciencia, también adopta una actitud contemplativa respecto de esa cosificación.

⁶⁴ Lukács, G (2013). op.cit, p195.

⁶⁵ Lukács, G (2013). op.cit, p199

⁶⁶ Lukács, G (2013), op.cit, p206.

La transformación de la relación mercantil en una cosa de “fantasmal objetividad” no puede, pues, detenerse con la conversión de todos los objetos de la necesidad en mercancías. Sino que imprime su estructura a toda la conciencia del hombre: sus cualidades y capacidades dejan ya de enlazarse en la unidad orgánica de la persona y aparecen como “cosas” que el hombre “posee” y “enajena” exactamente igual que los objetos del mundo externo.⁶⁷

No hay para Lukacs ninguna forma de relación social que escape a esta objetividad, y sin embargo, observa en esto un límite. La misma racionalización de los elementos de la vida se articulan un sistema de leyes generales que es absolutamente incoherente, apenas conexo de manera casual y esto se vuelve evidente en las crisis sociales.

Las leyes del mercado, por ejemplo, no son exactas y deben tener para este autor una cuota de irracionalidad, porque de serlo, se volverían cognoscibles y esto supondría la supresión de la economía capitalista. Para Lukács todas las actividades humanas se transforman en mercancías: cualquier actividad humana es cosificada.

Por eso, y volviendo a Eagleton, Lukács intenta ver una salida a este desgarramiento en el sujeto a través de la relación entre sujeto y objeto en la dialéctica, en este caso el autoconocimiento del obrero de su propia fragmentación, estableciendo así una unidad que no pocos fueron los que la calificaron de “obrerista”, a pesar de que, como el propio Eagleton dice:

Lukács reconocía, en pocas palabras, que hay una categoría que media entre el sujeto y el objeto, y es el autoconocimiento. En el acto de conocerme, me convierto en sujeto y objeto simultáneamente. Este particular tipo de pensamiento también desmantela la dicotomía existente entre pensamiento y acción, o entre hecho y valor.⁶⁸

⁶⁷ Lukács, G (2013), op.cit, p208.

⁶⁸ Eagleton, T. (2005), op.cit, pp112-113.

Y más adelante, y para configurar cómo este problema en principio lejano corresponde tomarlo hoy con total seriedad, agrega:

Lo que la revolución bolchevique reveló fue que la teoría marxista había quedado rezagada respecto de su práctica socialista, lo cual no es exactamente el más acuciante de los problemas de la izquierda actual. La izquierda actual, despojada de las posibilidades políticas de un Lenin o un Lukács, está acostumbrada a renguear detrás de la teoría o de incluso de ser reemplazada por ella.⁶⁹

En todo caso, como algunos autores señalan, el proyecto de Lukács es un proyecto inconcluso, que lo actualizarán los momentos históricos decisivos y la lucha de clases⁷⁰.

Estación obligada: Frankfurt

La relación entre concepción sobre sujeto y subjetividad en el devenir del siglo XX no escapó –como ya hemos mencionado– a las tendencias del campo de la intelectualidad marxista producto de las enormes crisis históricas y revoluciones que se fueron sucediendo en la historia⁷¹

Es indicativo de este proceso el trabajo que, desde lo que se conoce como “Escuela de Frankfurt”, desarrolló Theodor Adorno. Desde *Teoría Estética*⁷² hasta

⁶⁹ Eagleton, T. (2005), op.cit, pp112-113

⁷⁰ Por ejemplo en Jameson, Fredric. *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires : Eterna Cadencia, 2013.

⁷¹ Las relaciones entre la intelectualidad a grandes rasgos consideradas de izquierda o marxistas en el proceso que va de la degeneración del Estado bolchevique a la derrota de los movimientos políticos de los años 60 excede largamente el trabajo presente, aunque es posible extenderse en el vínculo del desplazamiento temático y de investigación en Eagleton, Terry. *La estética como ideología*. Madrid: Ed. Trotta, 2006, Eagleton, Terry. *A contrapelo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2013 y Anderson, Perry. *Teoría, política e historia. Un debate con E.P Thompson*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2012.

⁷² Adorno, Teodor. *Teoría estética*. Madrid: Akal, [on line]: http://monoskop.org/images/0/0a/Adorno_Theodor_W_Teoria_estetica_ES.pdf, 1970

*Dialéctica Negativa*⁷³ pasando por su archiconocido *Dialéctica del iluminismo* trabajado con su colega Max Horkheimer, Adorno se preocupó por la creciente fetichización de la cultura en el marco de un proceso de monopolio y concentración del capital.

Nos interesa particularmente su trabajo sobre la subjetividad en las sociedades capitalistas desarrolladas (Alemania, Estados Unidos) fundamentalmente porque colocan al Sujeto en el marco de una reificación generalizada de la que ni siquiera escapan los elementos de la producción cultural, y para los cuales la reflexión –si bien a veces únicamente centradas en la estética- no deja de ser un componente de estudios sobre el sujeto en las ciencias sociales y la filosofía.

Criticado, castigado, adorado, censurado, el trabajo de Adorno, como demuestra Jameson⁷⁴, puede ser recolocado en el debate presente, en tanto consigna diferentes puntos de vista respecto de la articulación entre Sujeto y Objeto en el proceso particular de mundialización cultural. En esta etapa, que en la precedente se manifestaba “librecambista”, se ven afectados los elementos de la conciencia del sujeto aunque más lento que los cambios de las fuerzas productivas y precisa una adecuación y actualización de las nociones culturales y políticas que permitan comprender este salto de estadio y sus posibles efectos.

Si, como ya se analizó en otros lugares⁷⁵, la *culturalización* de las nociones sociales y el distanciamiento de los aspectos más sociales del materialismo histórico signó el futuro de la Escuela de Frankfurt (que para algunos historiadores se divide en etapas que muestran un desplazamiento temático despolitizante⁷⁶), huelga señalar que la ampliación temática y objetual en sus escritos los coloca como faro de referencia ineludible en el campo intelectual.

⁷³ Adorno, Teodor (1970), *Dialéctica negativa*. La jerga de la autenticidad. Madrid: Akal, 2005 [on line]: http://www.olimon.org/uan/adorno-dialectica_negativa.pdf, 1970.

⁷⁴ Jameson, Fredric *Marxismo tardío*. Adorno y la persistencia de la dialéctica. 1a ed. - Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2010, pp17-31.

⁷⁵ Por ejemplo en Jameson, Fredric. *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2002 o Eagleton, Terry, *Figuras de disenso*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2012.

⁷⁶ Por ejemplo, Rolf Wiggerhaus en su libro “The Frankfurt School”, citado en Eagleton, Terry, “La Escuela de Frankfurt” en *Figuras de disenso*. Buenos Aires: Prometeo, p89, 2012.

Adorno y la pervivencia de la subjetividad cosificada

Como bien dice Jameson, Adorno nos permite tomar la subjetividad como subjetividad cosificada, en el mismo tenor que el sujeto como personificación del capital –que ya vimos con Marx, pero agrega una vuelta de tuerca en la reflexión porque, siempre según Jameson, no deja que se la emparente con las posteriores teorías posmodernas que celebraron la objetivación de todos los poros de la vida social con una renuncia absoluta del sujeto en tanto individualidad contradictoriamente constituida.

Dice Jameson:

La consigna de objetividad en Adorno no es tampoco el síntoma de aquel otro tipo diferente de ant subjetividad que intenta humillar la dimensión subjetiva con un espíritu de ascesis, odio contra sí mismo o resentimiento: al contrario, su propósito es generar un nuevo espacio para la emancipación del sujeto, mientras que, al mismo tiempo, *su propia realización depende precisamente de esa emancipación.*⁷⁷

No debemos olvidarnos que para el proyecto filosófico adorniano, el arte con su correspondiente contradicción cosificada, es un objeto de análisis crucial que accede por un lado a visualizar las libertades que la sociedad reificada impide o vela o encubre, y por otro, a demostrar en el mismo análisis que es sólo con una sociedad transformada que la sublimación inferida en capacidades artísticas pueden desenvolverse con libertad.

Por eso mismo, Jameson nos trae un párrafo sugestivo de la *Dialéctica Negativa* que permite visualizar estas conflictivas relaciones del Sujeto y el Objeto – que como ya dijimos antes, es insuficiente para explicar la revitalización del sujeto que según nosotros la crisis actual precisa y merece, pero que coloca en la mesa las idas y venidas del concepto en la filosofía del siglo anterior:

⁷⁷ Jameson, F (2010), op.cit, p.64, destacado nuestro.

Sólo si en vez de conformarse con el falso molde resistiera a la producción en masa de una tal objetividad y se liberara como sujeto, sólo entonces daría (el sujeto) al objeto lo suyo. De esta emancipación depende hoy la objetividad, y no de la incansable represión del sujeto. El predominio de lo objetivado en los sujetos, que les impide llegar a ser tales impide, asimismo, el conocimiento de lo objetivo, cuyo origen es lo que antes se llamó “factor subjetivo”.⁷⁸

La hermenéutica que Jameson realiza sobre la obra de Adorno permite extraer conclusiones valiosas referentes a nuestro propósito aquí: el precario equilibrio entre quienes pensaron a Adorno como un precursor del post-estructuralismo⁷⁹ en tanto analista de la cosificación generalizada de las prácticas sociales y culturales (con el consiguiente “dejar de lado” la noción de sujeto) hasta los que pensamos que esa reflexión general de Adorno se inscribe en el trabajo más general de rehabilitar la contradicción sujeto/objeto en su justa amplitud.

El propio Jameson, luego de nombrar muy por encima el trabajo de los denominados “estudios culturales” que hacían pie en el materialismo de la cultura, suscribe a la pretensión de “liquidar al viejo sujeto” (con su correspondiente filisteísmo místico y ahistórico) e incluso dice que “es difícil imaginar el compromiso de los intelectuales en un proyecto que no sea éste”.⁸⁰

Para Jameson, y para Adorno también, la exclusividad de un “sujeto” social que se posa artísticamente sobre los gustos más refinados –inclusive de aquellos bohemios que valiéndose de un rechazo a la modernidad se recluyen en la antipatía social y la subversión artística- lo hace gracias a los privilegios de clase. Adorno en *Mínima Moralia* directamente señala:

⁷⁸ Adorno, *Dialéctica Negativa*, citado en Jameson, F (2010) op.cit, pp64-65

⁷⁹ El propio Jameson en su Introducción señala como algunos de los pensadores que sostuvieron esta posición emparentada de Adorno con el postestructuralismo a Gerard Raulet, por ejemplo, o Peter Dews (citado en Jameson, F (2010), op.cit, p28.

⁸⁰ Jameson, F (2010) op.cit, p197.

Los conceptos de lo subjetivo y lo objetivo se han invertido por completo. Se llama objetiva a la parte no controvertible del fenómeno, a su calco espontáneamente aceptado (...) o sea, a lo subjetivo; y es designado como subjetivo lo que infringe todo aquello otro, lo que penetra en la experiencia específica de la cosa (...) o sea, lo objetivo.⁸¹

Por eso para Adorno es un contra-veneno la asimilación de la mercantilización de la cultura asumiendo la propia fetichización: no saliéndose de ella. Jameson dice en otra zona de su mismo trabajo:

(...) la forma mercancía debe de algún modo volverse accesible y tangible de manera que el proceso de su disolución tenga sentido: la obra debe designarse a sí misma como mercancía a fin de adquirir los medios de escapar de esa situación⁸².

En eso se emparenta con los teóricos marxistas (Benjamin, Lukacs, etc) que, lejos de pretender una utopía romántica de volver al pasado en el tiempo industrial, comprende la nueva sociedad con la concentración de capital, monopolios, etc.; y prefigura el rol del sujeto o las condiciones de posibilidad del mismo.

Conclusiones provisionarias

El debate con los autores que han des-centrado, desarticulado o sencillamente abandonado el sujeto podría continuar pero, como mencionamos anteriormente, no es el objetivo principal y, por otra parte, pensamos que ya hemos tomado los referentes, conceptos y problemas centrales para sostener una crítica a los mismos. La subjetividad no puede considerarse más la simple y lisa sujeción de los aparatos, los relatos, las estructuras, o cualquier “dispositivo” en nombre del cual se pretendan

⁸¹ Adorno, *Minima Moralia*, citado en Jameson, F (2010) op.cit, p199.

⁸² Jameson, F (2010), op.cit, p277.

abolidas las posibilidades emancipatorias de aquella encarnada y constituida en referentes históricos y sociales concretos. La discusión acerca de si la “Clase” encarna o no un sujeto no puede resultar una simple proclamación de principios resumidas en fórmulas tales como “pasaje de la clase en sí a la clase para sí”. Sin acudir a ningún tipo de “posmarxismo” o sencillamente anti marxismo no hace falta redundar demasiado para entender que una proclamación semejante que siguiera sosteniéndose *como tal* no haría más que repetir el horizonte de una filosofía de la historia donde el destino de la humanidad le está reservado a la Clase por el sólo hecho de existir como clase, una ontología nefasta que borra toda lección histórica y política de lo que ha sucedido desde Octubre del 17 hasta ahora. Pero también es engañoso concluir que la subjetividad es pura negatividad y potencia capaz de transformarlo todo cuando no se ha hecho ningún camino para que ello pueda asumir los carriles necesarios de dicha transformación. Es otra petición de principios que dejará de ser tal si se pone a prueba en una construcción diaria, infatigable y compleja de verdaderas “fuerzas subjetivas”. Como dice Jameson citando a Lukacs:

Hoy, al estimular el factor subjetivo, no podemos recrear y continuar los años veinte, tenemos que proceder en cambio sobre la base de un nuevo comienzo, con toda la experiencia que tenemos del movimiento obrero anterior y del marxismo (...) Creo que esta idea es muy importante para los teóricos, porque la desesperanza pueden cundir muy rápidamente si la afirmación de ciertas verdades sólo encuentra una resonancia muy débil.⁸³

Y agrega Jameson: “somos convocados de un modo nuevo a actualizarlos (*a Lukács, a Marx, a Engels, etc.*) a través de las lentas e intrincadas resistencias del tiempo histórico”⁸⁴.

⁸³ Jameson, F (2014), op.cit, pp255-256.

⁸⁴ Jameson, F (2014), op.cit, p256, agregado nuestro.

El sujeto político deviene, y no hay ningún prurito en decirlo. Ello no significa contradecir las fuerzas vivas o las personificaciones que se efectúan del capital. Resulta sí, de la negación de esas personificaciones. El revolucionario, es la negación del obrero. La subjetividad resulta, deviene sin que ello signifique perder de vista los caminos objetivos que va trazando la historia. No tenemos ningún temor a creer en fuerzas objetivas cuando tanto tiempo de capitalismo genera una serie de crisis y más crisis siempre sobre las mismas bases: el capital contra el trabajo y la apropiación privada sobre la producción social.

Sin embargo, podemos sí afirmar con Lenin que sin el desarrollo de un partido revolucionario no hay posibilidad de revolución: ésta depende de la acción política de los sujetos dirigida de acuerdo a una teoría científica. “No puede haber un fuerte partido socialista sin una teoría revolucionaria, que agrupe a todos los socialistas, de la que éstos extraigan todas sus convicciones y la apliquen en sus procedimientos de lucha y métodos de acción”⁸⁵. La característica principal de un partido, nos dice Lenin, es su capacidad para realizar acciones revolucionarias, orientadas por una teoría. La acción de los sujetos, va conformando la historia. La revolución es posible, pero no inevitable: depende justamente de esa acción política dirigida de acuerdo la teoría.

Que el sujeto no es lisa y llanamente el simple individuo conciente de sus actos, cognoscente de la realidad y libre para ejercer sus facultades es una perogrullada cuya afirmación compulsiva obliga a retroceder en un debate que abarca desde los límites del cartesianismo hasta la economía política clásica.

Por otra parte pensamos que en la tradición marxista el sujeto adquiere un carácter polisémico, múltiple y complejo. Y no es con esta afirmación que nos detenemos.

Preferimos pensar que el sujeto no es más que la síntesis semántica con la cual se denomina a esa subjetividad revolucionaria devenida en fuerza, que sin duda parte de y atraviesa a los orígenes de la clase obrera y el conjunto de los explotados que, siguiendo su dirección, representan el potencial transformado en acto para la

⁸⁵ Lenin, Vladimir “Nuestro programa”, La recopilación de Lenin, [on line]: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1890s/1899np.htm>, 1899.

superación del sistema que los condena de por vida a la humillación y la vejación que los somete el conjunto de las clases dominantes cuando continúa dominando la iniciativa política aún con sus pujas, sus fracciones y sus metamorfosis políticas (podríamos pensar en Latinoamérica en el pasaje de los neoliberalismos a la necesidad “nunca bien ponderada”, por la propia burguesía, de los populismos y que a tantos intelectuales les despierta el entusiasmo para derramar ríos de tinta en nombre del “sujeto populista” o el “pueblo devenido sujeto”).

Algunos pueden pensar que no hacemos otra cosa más que repetir la vieja cantinela que, en definitiva, proclama la adquisición de la conciencia de clase, pero ello merece un examen más detallado. La conciencia no es lisa y llanamente algo que “se toma” sin que intervenga una constante en su construcción y profundización. ¿Quiénes la adquieren, cómo la adquieren, en qué proceso la adquieren, bajo qué dirección la adquieren? Ello ya nos demuestra que la subjetividad revolucionaria, y no puede ser de otra manera, implica de por sí un cambio sustancial en la conciencia capaz de reconocer una identidad y una orientación de clase que no se agota en el mero hecho de ocupar un lugar determinado en la producción, aunque esta sea el punto de partida. Si bien podemos sostener un acuerdo esencial con los autores pertenecientes a la tradición marxista clásica en lo que respecta a los planteos fundamentales para pensar la constitución del sujeto, consideramos que este trabajo se limita a discutir con los autores contemporáneos mencionados, a repasar y resaltar los autores del marxismo explicitados y a dejar abierto el planteo a futuro para continuar articulando los problemas de la subjetividad en su devenir revolucionario de acuerdo a los desafíos históricos y políticos por venir.

Con la eliminación del sujeto, se ha pretendido coronar el entierro de Marx, de la lucha de clases, de la dialéctica sobre la base de fuerzas objetivas, y, desde ya, de la conciencia de clase. La articulación del problema del sujeto con un conjunto de conceptos que hoy forman parte indiscutida del bagaje adquirido por una serie de autores que han seguido la letra de Marx, nos llama a continuar este trabajo en próximos escritos. Somos consecuentes con el hecho que la ciencia que inauguró Marx sólo pueda proseguirse como ciencia viva.

Bibliografía

- Anderson, Perry. *Teoría, política e historia. Un debate con E.P Thompson*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2012.
- Borón, Atilio “¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”, *Revista Mexicana de Sociología*, México. vol. 58, núm. 1 (1996).
- Callinicos, Alex. *Contra el posmodernismo. Una crítica marxista*. Buenos Aires: Razón y Revolución, 2010.
- Carrera, Juan. *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.
- De Saussure, Ferdinand. *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada, 1986.
- Eagleton, Terry. *Figuras del disenso*. Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- _____ *La estética como ideología*. Madrid: Ed. Trotta, 2006
- _____ *A contrapelo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2013.
- Fromm, Eric. *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de cultura económica, 1971.
- Harnecker, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1975.
- Jameson, Fredric *Marxismo tardío*. Adorno y la persistencia de la dialéctica. 1a ed. - Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2010.
- _____ *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2013.
- _____ *Las ideologías de la teoría*. Buenos Aires: Eterna cadencia, 2014.
- Laclau, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre las Revoluciones de Nuestro Tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.
- _____ *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lenin, Vladimir. “Nuestro programa”, La recopilación de Lenin, [on line]: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1890s/1899np.htm>, 1899.
- Lukács, Giorg. *Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2da. Edición, 2013.

- Marx, Karl. *Miseria de la filosofía*. Madrid: Orbis, 1985.
- _____. *El capital: Crítica de la economía política*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, prólogo a la primera edición. 2000.
- _____. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos, 1985.
- Marx, Karl; Engels, Fredrich. *El manifiesto del partido comunista*. Buenos Aires: Anteo, 1973.
- Nievas, Fabián. “Marx y Engels: una compleja teoría abierta”, en *Revista Conflicto Social*, nº 0, noviembre, 2008.
- Pereyra, Carlos. El sujeto de la historia. *Revista Dialéctica*, año 1, no. 1, Universidad Autónoma de Puebla, (1979) [On line]
<https://marxismocritico.files.wordpress.com/2012/06/pereyra.pdf> (enero 2016)
- Weber, Max. *Ensayos sobre la sociología de la religión*, Tomo I. Madrid, Taurus, 1920